

# LOS DIBUJOS DE ANTONI CASANOVAS



CHARLATÁN

© MNAC/GDG

LOS DIBUJOS DE ANTONI CASANOVAS SON EL DOCUMENTO DIRECTO Y ESPONTÁNEO DE UNA REALIDAD SOCIAL VIVIDA. ES EL PURO PLACER DE RELATAR, DE EXPLICAR UN MOMENTO SINGULAR DE LA VIDA DE UNA BARCELONA QUE DEJA DE SER PROVINCIANA Y EMPIEZA A SER COSMOPOLITA.

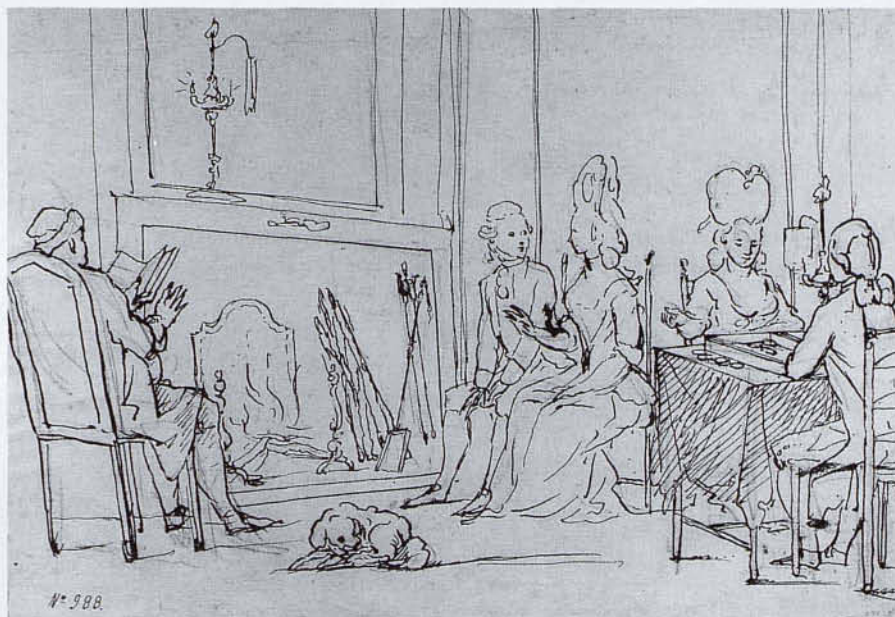
BONAVENTURA BASSEGODA MUSEO NACIONAL DE ARTE DE CATALUÑA (MNAC)

**L**a tradición pictórica catalana nos ha dejado muy pocos testimonios gráficos sobre la vida cotidiana en el Antiguo Régimen. La pintura presenta escenas del Nuevo y del Antiguo Testamento, santos, márti-

res y escenas de la vida de hombres venerables y ejemplares. Algunas naturalezas muertas, unos pocos retratos y algún excepcional episodio histórico, no nos permiten hablar con propiedad de una pintura profana, y menos aún de

una pintura costumbrista. Entre nosotros no se dio un fenómeno similar al de la maravillosa tradición holandesa del siglo XVII en la que, guiados por la mano, o mejor dicho por la mágica luz, de Vermeer, podemos observar lo que





LA VELADA. LECTURA, CORTEJO Y TRIC-TRAC

sucedía o podía suceder en el interior de las casas. Por este motivo los más de cien dibujos que se conservan del pintor barcelonés Antoni Casanovas i Torrents, son un documento excepcional, un testimonio directo de las costumbres de la Cataluña de finales del siglo XVIII. El dibujo artístico catalán no podemos remontarlo más allá de Antoni Viladomat (1678-1755). Él es el primero en el que podemos documentar un uso moderno del dibujo: como ejercicio de búsqueda anatómica, de encaje compositivo, de guía y modelo para el traslado a la tela, ya claramente fuera del uso puramente artesanal, es decir, como esbozo ilustrativo para el cliente o el carpintero. Viladomat dibujaba, y seguramente de él tomaron sus discípulos Manuel (1715-1791) y Francesc Tremulles (1722-1773) la costumbre y las técnicas. La obra gráfica y grabada del hermano más joven, Francesc, es especialmente valiosa, con piezas de alta calidad, como los originales para la serie de grabados de la Máscara Real, hecha en honor de Carlos III en 1764, y actualmente conservada en el Museo de Historia de la Ciudad, de Barcelona. Sabemos que Manuel tuvo una especie de academia particular de dibujo en su casa, donde se formarían los futuros artistas, poco antes de la fundación de la Escuela de Nobles Artes en 1775, promovida por la Junta de Comercio, que después sería la famosa Escuela de Lonja. Las noticias que tenemos sobre Antoni

Casanovas son mínimas. Nació en Barcelona en 1752, en el seno de una familia de artistas. Fue admitido como maestro en el Colegio de Pintores en 1779, pero es harto probable que fuera un discípulo de la academia de Manuel Tremulles. En 1784 aspiró a la plaza de pintor del Ayuntamiento de Barcelona. Consta que era cónsul segundo del Colegio de Pintores el año de la extinción de esa corporación, 1785. Hace testamento en julio de 1796 y muere antes de 1797. Hasta el momento no ha sido posible atribuirle con plena seguridad ninguna pintura, pero sí figura como dibujante-inventor de dos grabados. El estudio estilístico de estas dos piezas y las casi seguras firmas (A.C., Anton) que encontramos en algunos originales del amplio conjunto de dibujos que se conservan en el Gabinete de Dibujos y Grabados del Museo Nacional de Arte de Cataluña, nos permiten conocer su singular personalidad artística.

Casanovas no es un dibujante cuidadoso, ni académico, ni erudito. Ésta es justamente su fuerza: la rapidez del trazo de la pluma, y una singular capacidad para captar el movimiento y el escorzo. Con muy pocas líneas planta con seguridad una figura, da credibilidad a un gesto, a una expresión, a una acción dramática. Normalmente hay un apunte muy somero con lápiz, como de tanteo previo, que no siempre sigue plenamente la ejecución definitiva con pluma. Ésta es bastante independiente y,

especialmente, fresca y rápida. La vivacidad de la técnica es paralela y se ve potenciada por la sorprendente temática: escenas de la vida social, bailes, conciertos, acciones teatrales, y acciones de la vida cotidiana, como "l'hora de la xocolata" (la hora del chocolate), "a cal barber" (en la barbería), escenas de mercado, etc. Lo más fascinante es que se trata de un dibujo que no prepara una pintura, ni un grabado. Es un dibujo que se justifica en sí mismo, es el documento directo y espontáneo de una realidad social vivida, es el puro placer de relatar, de explicar un momento singular de la vida de una Barcelona que deja de ser provinciana y empieza a ser cosmopolita.

Podemos imaginar la obra gráfica de Antoni Casanovas como el complemento ideal de la enorme obra escrita de Rafael Amat, barón de Maldà: el famoso *Calaix de Sastre* (Cajón de sastre), un diario menudo y puntual de la vida de Barcelona a fines del siglo XVIII. La obra de ambos autores parece traspasar una misma sutil e inconcreta conciencia, una especie de intuición de ser los últimos testimonios de un mundo y de una cultura que se ve ya próxima al fin. Casanovas y Maldà nos presentan unas escenas hogareñas e inocentes, son piezas de ancestral chismorrería, pero al mismo tiempo esta complacencia en una narratividad detallada es también moderna, porque nos transmite un velado sentimiento de nostalgia. ●